

LA FAUNA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Por CELSO AREVALO

A fin de lograr ir restaurando con carácter científico nuestro rico lenguaje, dándole la máxima precisión técnica, es útil espigar en el fértil campo de nuestra literatura.

Desde hace tiempo venimos aplicándonos a la labor de crear un lenguaje científico utilizando vocablos de nuestro idioma como se hace en otros países, en los que sólo es necesario echar mano de neologismos grecolatinos cuando se escriben obras de carácter internacional. Especialmente se impone esta labor cuando se trata de los nombres científicos de los seres, pues fuera del ambiente de especialistas no es adecuado emplear los nombres binarios de Linneo, ya que resulta grotesco o pedante hacer hablar a las gentes en el latín adulterado al uso entre los doctos, especialmente cuando con la misma precisión pueden expresarse en buen castellano y con palabras de mayor difusión, fijeza y abolengo.

Ni para la conversación, ni para la literatura, ni para la legislación, ni para la divulgación científica son adecuados dichos nombres técnicos.

Empecé a sentir la necesidad de emplear los nombres españoles con precisión científica, cuando siendo Consejero del antiguo Ministerio de Fomento hube de intervenir para las modificaciones que se proyectaban durante el Gobierno del General Primo de Rivera, en la propuesta de las Leyes de Pesca y Caza en las cuales, con el máximo respeto a la técnica, se designaban en latín los seres a los que se aludía en el articulado.

Evidentemente, el Guardia civil y el cazador furtivo no son personajes adecuados a la *culta latiniparla* de la que ya se burlaba Quevedo.

Por otra parte, la precisión científica de los sencillos nombres españoles, requiere solamente una propuesta nacional análoga a la que Linneo hizo con carácter internacional para sus nombres binarios, pero el hacer posible formular dicha propuesta exige laborar intensamente en el estudio de estos nombres a fin de elegir cuando existen varios, el que parezca preferible, fijar una determinada ortografía, determinar un sentido preciso cuando el nombre sea algo ambiguo, y aun inventar un nombre nuevo, como hubo de hacer Linneo y sus sucesores en la mayor parte de los casos, cuando no existe ninguno.

Si bien en muchos casos haya habido variaciones en el curso de los siglos en la denominación de los seres, la persistencia de nuestros nombres resulta muy superior a la de los nombres científicos, así, por ejemplo, ya en las primeras muestras de nuestra prosa, en los cuentos de «Calila y Dymna», aparece designada con el nombre de *alcaraván*, en pleno siglo XIII el ave que desde Linneo en el siglo XVIII ha sido conocida por muy distintas denominaciones, cuales son :

Caradrius oedicornis
Oedicornis crepitans
Burhinus oedicornis.

Es de suponer que este último nombre, que es hoy el oficial, no sea todavía el definitivo, pero nosotros podemos seguir llamándole en España con toda precisión *alcaraván*, como lo hacían nuestros antepasados bajo el cetro de Fernando III, y como aparece en «La Celestina», cuyo unto utilizaba y han seguido empleando nuestros autores hasta los tiempos presentes.

Como frecuentemente nuestro rico idioma ha utilizado muy

diversos nombres, todos apropiados para designar un ser, la preferencia por uno determinado para simplificación de la nomenclatura, exige una juiciosa selección. Así, por ejemplo, la alimaña, que zoológicamente llamó Linneo *Ursus meles* y después fué conocida con el nombre de *Meles taxus* y hoy se designa con el de *Meles meles*, aparece ya en «La Celestina» con el nombre de *tejón* y en nuestra toponimia tenemos la llamada *Sierra Tejonera*, pero no menos antiguo es el nombre de *tasugo* con el que aparece en los primeros prosistas castellanos, y aun con el de *melota*, con que se designa en el libro de Fray Vicente de Burgos (1494). Quizá podrá emplearse el nombre de *tejón* para la forma europea y reservar el de *tasugo* para la propiamente española (*Meles meles marianensis*) (Graells).

Como Cervantes nos asegura que el *sacre* es el mismo halcón, que parece que por amaestrarse en el condado de Niebla era llamado *nebli*, puesto que al hacer cabalgar sobre Clavileño a sus héroes dice don Quijote: «...quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el *sacre* o *nebli* sobre la *garza* para cogerla, por más que se remonte...»

Y como por la descripción de Martínez de Espinar parece ser el *sacre* el que hoy llamamos *pigargo* (*Haliaeetus albicilla*) podemos designar a esta especie con dicho nombre, consagrado por nuestra literatura para representar un ave tan celebrada por su vuelo que Iriarte, en un elogio del especialismo que se empezaba a incubar en el siglo XVIII sin pensar en la exageración a que había de llevarse, hace decir a una serpiente, criticando la torpeza del pato para los diferentes modos de moverse:

«Ni corres como el *gamo*,
ni vuelas como el *sacre*,
ni nadas como el *barbo*.»

Muy frecuentemente es preciso hacer verdaderas rectifica-

ciones porque el nombre de un ser ha pasado por comparación a otros, viniendo a ser este nuevo sentido el definitivo. Así, el *papagayo*, que no de otra manera se designaba en la Edad Media al pájaro que actualmente conocemos con el nombre de *arrendajo* (*Garrulus glandarius*), tan curioso por su bello colorido y su capacidad para remedar el habla humana, a lo que alude este último nombre, ha pasado a ser la designación de aves americanas del grupo de las prehensoras, pues desde los primeros viajes del descubrimiento, cuando los castellanos encontraron en aquellas nuevas tierras unas vistosas aves sumamente parleras las compararon con nuestro arrendajo llamándolas por eso papagayos, nombre que ha venido a ser internacional para estas nuevas aves. Es preciso, pues, abandonar hoy el sentido antiguo que vemos en las primeras muestras de nuestra literatura :

«Del azorero y los papagayos
...andando a caza, tomó dos papagayos nuevos...»
(*Calila y Dymna.*)

Completamente análogo es el caso de la *merluza*, también llamada *pescada cecial* en los tiempos en que por la lentitud de las comunicaciones había de consumirse acecinada en el interior de Castilla y que se pescaba siempre en abundancia en nuestras costas. Por eso en la cena que Cervantes hace tomar a Don Quijote con motivo de su primera salida, en la venta en que fué armado Caballero, da cuenta de los nombres de ese pescado en la siguiente forma :

«...un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacallao* y en otras partes *curadillo* y en otras *truchuela.*»

Ahora bien, cuando los españoles descubren el famoso banco de Terranova y pescan un pez muy análogo a nuestra merluza, la dan su propio nombre de la época llamándole por eso *bacalao* y *abadejo*, denominaciones que quedan para designar este pez en lo sucesivo mientras en la Península aparece

un nuevo nombre por cultismo : el de merluza para la especie indígena.

Sin embargo, en la sinonimia de Cervantes se observa que, aunque se consumía seco y de ahí el nombre de curadillo, Don Quijote le toma por una trucha joven, ya que exclama :

«Como haya muchas *truchuelas* podrán servir de una *trucha*, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de a ocho. Cuanto más que podrían ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca...»

Pero esta apreciación no es para tenida en cuenta, puesto que se trata de una nueva forma de manifestar la fantasía de Don Quijote, que lo mismo que tomaba los molinos por gigantes, se avenía a la merluza seca como si fuesen truchas del Alberche cual las que menciona el epicúreo Arcipreste de Hita en su «Combate de Don Carnal y Doña Cuaresma».

Sería arcaísmo escribir *ximio* o decir *gimio*, como se decía en la alta Edad Media a un animal que Cervantes llama *mono*, haciéndole acompañar a Maese Pedro y del que da la siguiente descripción :

• «...*mono* grande y sin cola, con las posaderas de fieltro (hoy diríamos callosidades isquiáticas), pero no de mala cara...»

Esta designación cuando no se emplea con carácter genérico, debe reservarse para el mono por antonomasia, que es el único cuadrúmano europeo, aún subsistente en el Peñón de Gibraltar, el cual denominado por Linneo *Simia sylvanus* ha recibido después las siguientes denominaciones *Simia inuus*, *Macaca inuus*, *Inuus ecaudatus*, *Magus sylvanus*, *Inuus pithecus*, *Macacus sylvanus*, *Pithecus inuus* y hoy *Macaca sylvanus*. No cabe duda que es muy preferible la denominación nuestra tradicional, ya empleada en el siglo XVI, a estas denominaciones binarias que en sólo dos siglos tanto han variado.

También sería arcaico llamar *ibis* a la cabra montés, nues-

tra *Capra pyrenaica*; mur al ratón (*Mus musculus*), vulpeja al zorro (*Canis vulpes*), o dama al gamo (*Dama dama*).

No veo inconveniente en llamar *musgañin* al más pequeño de nuestros cuadrúpedos *Pachyura etrusca*, para que tenga un nombre particular este *musgaño* que en sentido genérico podemos llamar *musaraña*, ni fijar el nombre de *lobo marino* para la *Phoca vitulina*, reservando el de *foca*, para la llamada por cultismo *foca fraile* (*Monachus monachus*), pues por su más amplia distribución geográfica debe corresponder a la primera especie la piel tan estimada para tahalís como el que utilizó Don Quijote en casa del Caballero del Verde Gabán:

«Ciñóse su buena espada, que pendía de un tahalí de *lobos marinos*; que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones...»

Muchos son los pasajes literarios en que la mención de especies va enlazada con la de caracteres o singularidades características de ellas. He aquí algunos ejemplos:

«La peculiar manera de volar y cantar de la *Alauda arvensis* en el poema «El Idilio», de Núñez de Arce:

«La alondra, símbolo del poeta,
que cuando canta
se remonta al cielo.»

La existencia en la cuenca del Ebro de la *alosa*, llamada *sábal* en los ríos atlánticos y *saboga* en los mediterráneos, término que se extiende hasta Cerdeña, y así Cervantes hace decir a Sancho al avistar el Ebro:

«...que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores de este río, porque en él se pescan las mejores *sabogas* del mundo.»

La condición de ave de presa del *Lanius excubitor*, a pesar de su porte de pajarillo, se muestra en el siguiente trozo de Feliciano de Sebastián:

«¿Cómo—dijo el caballero—estáis en las uñas del *alcaudón*, y no lo remitís?»

La etimología del nombre popular de la *Sylvia hortensis* la expresa Covarrubias en el siguiente párrafo :

«aludiendo a la avecilla llamada *curruca* que se recoge para empollar los huevos.»

Al canto incesante de la *Saxicola rubetra* alude el título de una de las obras de Quevedo *El Chitón de las tarabillas*.

Al abanico cefálico de plumas tan característico de la *Upupa epops*, se refiere Barbadillo diciendo :

«La *abubilla* por ave coronada, también pretendía el imperio de las aves.»

El delicioso canto de la *Fringila coelebes* no escapa a la sensibilidad de Lope :

«El dulce ruiseñor y aberramía
celebran los hermosos cuerpos bellos,
éstos cantando, y supirando aquéllos.»

La actitud siempre planeante del *Delichon urbica* es interpretada en el siguiente verso de Bretón de los Herreros :

«Ya podía yo buscaros
en Apolo hecho un avión.»

La rapacería voraz del *Milvus milvus* la expresa Hartzenbuch, con el siguiente verso :

«Un milano voraz, ladrón de oficio.»

La voracidad del *buitre*, llamado *Gyps fulvus*, la manifiesta Bretón en *Todo es farsa en este mundo* :

«Algún cólico sería
Cerrado.
Válgame Dios.
Ya se ve cómo un abanto
cenaría.»

La condición de paso, invernante del *Turdus merula*, se acusa en este trozo de Valera :

«Acudían allí multitud de pájaros invernizos, mirlos, etc.»

El ser *Carduelis carduelis*, presa propicia del *Falco subbuteo*, aparece en este verso de Lope de Vega :

«Yo vi sobre un laurel estar quejoso
un ruiseñor, porque por alto andaba
un alcotán, que en vuelo presuroso
las prendas de su nido amenazaba.»

La perversidad y astucia del *Canis aureus* la manifiesta Cervantes que le conoció con motivo de haber estado en Berbería :

«...a un caballero andante vencido le coman *adivas* y le piquen avispas y le hollen puercos.»

No escapa el curioso nido del *Oriolus oriolus* a la perspicacia de nuestra literatura ni su belleza, como lo muestran los siguientes retazos :

«Otro pájaro aun grande y lustroso,
yo pienso que oropéndola sería.»

Lope de Vega

«No es puerca como la *oropéndola*, que teniendo doradas plumas, tiene enlodado el nido.»

(La Pícaro Justina)

Hasta de seres exóticos encontramos en nuestra literatura curiosas referencias a sus caracteres o que interesan por los nombres empleados. Así, nos dice Góngora :

«Grandes más que elefantes y que abadas,
títulos liberales como rocas,
gentiles hombres sólo de sus bocas,
ilustre cavalier, llaves doradas.»

Esta *abada*, que es aún el nombre de una calle madrileña, es el rinoceronte de las Indias orientales traído por primera vez a España en época de Felipe II, y que se exhibía en la calle que aún lleva su nombre, dando mucho quehacer respecto a su identificación con el famoso unicornio de la leyenda que se rendía ante las doncellas. Este ejemplar fué inmortalizado con el arte del gran dibujante Alberto Durero.

Hemos procurado poner estos ejemplos, entre otros muchos que no proceden de las obras destinadas especialmente a los estudios zoológicos, pues acudiendo a ellas serían innumerables. De todas formas bastarán los apuntados para formar idea del interés que tiene el estudio de nuestra literatura para conseguir un idioma zoológico tan científico como propio.

